

Pedro Antonio de Alarcón en su centenario

Hacia la mitad del siglo XIX se va produciendo en la novelística española el paso del romanticismo al realismo, proceso que ya había tenido lugar anteriormente en otros países europeos. Comienzan el cuento y la novela regionalista, con autores como Fernán Caballero y Antonio de Trueba; epígonos de la narrativa romántica al estilo Byron pueden ser Emilio Castelar, Rosalía de Castro o Pedro Antonio de Alarcón; la novela folletinesca toma auge con Enrique Pérez Escrich y Ramón Ortega y Frías; y, en fin, hay otro tipo de novela simplemente rosa, como los casos de Fernando Patxot, Pilar de Sinués y Enriqueta Lozano de Vilches.

En este panorama general se inscribe la figura de Alarcón, que nace en Guadix el 10 de marzo de 1833. Después del bachillerato en su ciudad natal, se traslada a Granada a estudiar Leyes, pero dada la escasez económica de la familia, ha de cambiar el Derecho por la Teología, ingresando en el Seminario, que abandonará a los veinte años por no tener la mínima vocación para el sacerdocio.

En esos años juveniles, casi infantiles, escribe varios dramas que se representan en el propio Guadix. Desde entonces, la inclinación por la literatura decidirá totalmente los pasos a dar por Alarcón.

Tan sólo cuenta diecisiete años cuando empieza a trabajar en su primera novela, *El final de Norma*, que aparecerá en 1855. Obra de adolescencia, fue poco considerada por el propio autor al hacer recuento de sus libros, y por esto tampoco debemos cebarnos en ella. Parte de la crítica ha sido excesivamente dura con la obra; pero sí es cierto que, además de narrar muchas situaciones inverosímiles (que no fantásticas), resultan rígidos los personajes; los diálogos y las descripciones parecen sacadas de recetas aprendidas.

La narración, con todo, el énfasis de delirios, desvaríos, desvanecimientos, duelos, es plenamente romántica: fuerza invencible del destino (que al final no será tan invencible), la inviolabilidad de los juramentos, el amor imposible («no hay peor cosa que

un amor imposible», se dice en el texto), la sublimidad del amor espiritual, más duradero que la pasión física, etcétera.

Otras circunstancias, como la inminencia del naufragio de un barco, resuelto en llantos, despedidas desgarradas, diálogos apasionados, o la presencia de piratas, o la facilidad que tiene la heroína para presentarse «pálida, demudada, inundada en llanto, con el cabello descompuesto», son características de la novela romántica española de mitad del diecinueve.

Años después, Pedro A. de Alarcón explicaría refiriéndose a esta obra inicial: «Escribí *El final de Norma* en muy temprana edad, cuando sólo conocía del mundo y de los hombres lo que me habían enseñado mapas y libros. (...) Aunque soy su padre, no me alegro ni ufano de haber escrito *El final de Norma*».

Funda en 1852 la revista *El Eco de Occidente*, que se mantendrá durante tres años. Publica allí un buen número de trabajos, tanto de poesía como cuentos y artículos. Varias de las novelas cortas y de los cuentos formarán parte de la edición que reúne su narrativa breve en tres tomos de 1881-1882. Una de esas novelas que Alarcón escribe para la revista ha sido considerada por lectores y críticos como una pequeña obra maestra: *El clavo*. Por entonces, Alarcón tenía únicamente veinte años.

Una de las obras más traducidas del autor, llevada al cine, a la televisión, con un montón de ediciones, y una de las novelas cortas más celebradas de todo el siglo. «*El clavo* es —según su autor—, por lo tocante al fondo del asunto, una verdadera causa célebre, que me refirió cierto magistrado granadino cuando yo era muy muchacho». Sólo con leer el epígrafe de algunos capítulos, adivinaremos que estamos ante una narración romántica: *Catástrofe, Fatalidad, Dios dispone, Travesuras del destino*, etcétera. El personaje femenino es una dama misteriosa, que oculta su identidad con nombres supuestos. Declaraciones también netamente románticas: «Mis relaciones con Blanca no fueron amor; fueron delirio, locura, fanatismo».

Apasionante en lo que tiene de intriga, termina con sentencia-moraleja, fórmula tan querida por Alarcón: «La tristeza no es desventura cuando no se ha hecho a sabiendas daño a nadie».

Como aspecto complementario, nos damos cuenta de la rigidez judicial de aquel tiempo, lo que nos da que pensar una vez más que la justicia, cuando es muy estricta, puede ser injusta.

Otra de las novelas cortas notables que publica en *El Eco de Occidente* es *El amigo de la muerte*, y que incluirá en el tomo de *Narraciones inverosímiles*. «Contóme mi abuela paterna su argumento, cuando yo era niño, como me contó otros muchos cuentos de brujas, duendes, endemoniados, etcétera», indica su autor, que dice además que en otras partes de Europa se conoce la historia, con lo que entramos de lleno en la literatura popular.

Desesperado por no poder alcanzar un amor en el que ha depositado toda su ilusión, el protagonista de la leyenda se suicida. Se le aparece la muerte, que le devolverá al mundo en un sueño fantástico para purificarlo de su pecado y llevarlo al fin

umpio a la presencia de Dios. Al final de la novela hay una alusión explícita, fuera ya de sueños, a la reencarnación con ese mismo objeto de purificación.

La mayor admiración literaria de Alarcón, por entonces, es José de Espronceda, aunque la verdad es que en esto no se singulariza nada, pues el poeta extremeño es el gran ídolo y modelo de la generación siguiente a él. Alarcón escribe la conclusión del poema *El Diablo Mundo*, que Espronceda había dejado inacabado, lo ofrece a algunos editores y no se lo aceptan.

Lo que sí publica en *El Eco de Occidente* es el artículo «Una poesía inédita de Espronceda», que como se supondrá, es un encendido canto de admiración a Byron y a Espronceda, al que define como «genio nato, superior a las reglas, verdadero creador, soberano de su arte, todo vida, todo fuego, todo inspiración». Seguro que no hay quién dé más. Vive y pasea la bohemia literaria por Cádiz, Granada y Madrid. Cuando tienen lugar los sucesos de la vicalvarada (30 de junio de 1854), Alarcón se suma a la revolución. A final de año marcha a Madrid y se hace cargo de la dirección de *El látigo*, periódico trisemanal fundado y dirigido en un principio por Antonio Ribot y Fontseré, que al tomar posesión de su acta de diputado, cede la dirección del periódico a Alarcón, pasando a ser diario a partir de entonces. Los ataques con toda virulencia y mordacidad contra los conservadores, contra el clero y, lo que es más grave, contra Isabel II, le acarrearán los consiguientes problemas a su nuevo director, que firma los artículos con el seudónimo de «El Hijo Pródigo». Le valió un procesamiento y un duelo, dejando no sólo la dirección de *El látigo*, sino dejando también de escribir de temas políticos durante nueve años, calificando después de «calaverada» su labor al frente del diario.

Sigue su dedicación periodística, haciendo igual de corresponsal que comentarios de sociedad o críticas teatrales. Estas últimas, bastante severas, con el ímpetu juvenil que le hace considerarse árbitro por la sola razón de que le dejan un espacio en los periódicos. Muchos escritores se sienten humillados por él y se la guardan. Algo hay, por tanto, de revancha en el rechazo del drama *El hijo prodigo*, que Alarcón estrena en el teatro madrileño del Circo el 5 de noviembre de 1857. Pero aún contando con una sed de venganza, de seguro cierta, la verdad es que la obra tiene muy poquito interés, es uno más entre tantos dramones insulsos de la mitad del diecinueve. Con todas las ediciones que se han hecho y vendido de casi todas sus obras, *El hijo prodigo* únicamente se puede encontrar en la edición de las *Obras Completas*, agotadas hace tiempo. Por sí misma, esta obra teatral no tendría lectores.

Si dejó temporalmente la política por los problemas que le ocasionó *El látigo*, el fracaso, justo, de *El hijo prodigo* le retiró para siempre del teatro; no tuvo ya más tentaciones escénicas.

Los contenciosos entre España y Marruecos son casi una costumbre o una tradición; para eso somos vecinos. En 1859 el desencadenante del conflicto fue un ataque que llevó a cabo un grupo de la cabila de Anghera a la guarnición de Ceuta. Antes, había tomado España las islas Chafarinas. Podemos pensar también que O'Donnell

no le hacía ascos a una guerra que sabía iba a ganar fácilmente, y consolidar con ella una posición inestable al frente del gobierno.

Se declara la contienda en octubre, y poco después parte Alarcón para África en calidad de periodista y de soldado. Fue herido y condecorado. Las crónicas periodísticas se venden por entregas, y tanta aceptación tienen que la tirada llega a cincuenta mil. Pero no sólo el fervor patriótico del momento apoyará el éxito, pues el *Diario de un testigo de la guerra de África* ha seguido teniendo lectores hasta en la actualidad, como lo demuestran las ediciones recientes.

Aprovechando el buen dinerito que le proporciona el *Diario* hace un viaje que le lleva por Francia, Suiza e Italia. De la expedición surgirá su libro *De Madrid a Nápoles*. Como literatura, desde luego, no es un primor. De sus páginas dice el propio autor: «Nada hay en ellas que no sea cierto, natural y espontáneo; nada que no haya dimanado inmediatamente de la actualidad o presencia de los hechos, sin compostura ni artificio de ninguna especie». Tal vez por eso mismo, resulta tan poco emocionante.

Vienen unos años en los que Pedro Antonio de Alarcón abandonará temporalmente la literatura para dedicarse a la política. Se afilia a la Unión Liberal, por admiración y amistad con el duque de Tetuán, y funda, junto con Navarro Rodrigo y Núñez de Arce, el diario *La Política*, en el que escribe a favor de su líder, rompiendo así varios años de silencio político. Elegido diputado, hace la oposición a Miraflores y a Narváez. Firmante de la protesta contra Narváez y González Bravo, es desterrado a Burgos y, después, a París. Naturalmente, se suma a la revolución de 1868. Al parecer, llegó a escribir un bosquejo sobre los sucesos de septiembre, pero no vio la luz pública. En *Historia de mis libros* explica el paréntesis:

Con mi libro *De Madrid a Nápoles* terminó la primera época de mi vida literaria. Dedicuéme entonces a escribir por patriótico afecto al duque de Tetuán, un artículo político diario, protestando de mil maneras contra la ingratitud y locura que había derribado del Poder a un General ilustre y tan apto para gobernar a España como aquel semiirlandés, que tan a fondo nos conocía; eligiéronme luego mis paisanos diputado a Cortes, de oposición; lo fui después ministerial: cuestiones de campanario, intereses de localidad, luchas parlamentarias, obligaciones de partido, destierros, conspiraciones, la temida Revolución (...), absorbió completamente mi actividad y mi tiempo, y pasáronse de este modo doce o trece años sin que volviese yo a componer ningún libro.

Si obra inédita no publicó, sí sacó dos tomos de novelas en 1866, conteniendo *El final de Norma* y novelas cortas aparecidas en las revistas de los años cincuenta.

Juan Valera le recomienda que reúna en libro las poesías que ha ido publicando en revistas, y se ofrece a escribirle el prólogo. Por fin, Alarcón accede y sale en 1870 *Poesías serias y humorísticas*, tomo de lo más heterogéneo, en el que se juntan composiciones de los más diversos temas, metros —aunque su preferido es el endecasílabo—, rimas. Al lado de su célebre poema épico *El suspiro del moro*, que el Liceo de Granada premió en el certamen de 1867, hay otros escritos en su viaje por Italia, otros de asunto familiar, poesía para álbumes de moda en aquel tiempo, y también algunas coplas.